

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

21



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1980

FELICIDAD Y VIRTUD EN LA REFLEXIÓN ÉTICA DE ARISTÓTELES

LIC. JORGE MONTEMAYOR SALAZAR
Universidad Autónoma de Nuevo León.

EL SENTIDO, la búsqueda y el encuentro de la felicidad se dan indisolublemente en la existencia del ser humano. La naturaleza racional de la persona nos ofrece un rasgo notorio y un testimonio vivo de propensión hacia el bien y la felicidad. La felicidad habrá de ser entendida, desde ahora, como logro y conquista de un hacer humano, ocupado y preocupado por alcanzar las armonías debidas entre las acciones y actos concretos, con los criterios de normación surgidos de una conciencia crítica que los pondera y articula, con profundo sentido de responsabilidad y en base a un juego diversificado y dialéctico de los criterios éticos.

La presencia de la moral en la conducción del pensamiento y de la acción es, ante todo y mucho más que una ciencia, una técnica o un arte, un quehacer práctico. La conquista de la felicidad se logrará en la medida en que la obra humana cumpla con los fines valiosos que a manera de postulados fundamentales, mueven su entusiasmo y su hacer cotidiano. La ética y la moral cumplen aquí, un papel elevado de conducción del obrar humano hacia el logro del bien y con ello de la felicidad.

El anhelo e indagación de la felicidad se nos presenta reiteradamente en vivencias y experiencias que concitan en nuestro ser la incorporación de ella, a partir de una capacidad personal que tenemos para alcanzarla. Superados los desacuerdos en el examen y determinación de qué es aquello en que consiste la felicidad, ésta se nos mostrará —como medio a conquistar— con su intensa, brillante y convincente luz. Iluminará el momento inicial y alumbrará con eficacia subsiguiente el camino de la vida. El placer, riqueza, honores, sabiduría, conocimientos, constituyen logros incompletos si no están vinculados al bien. Un

bien que se siente y vive con unos efectos que permanecen, vigorizan y alienan al ser humano en la marcha del esfuerzo que reclama la existencia.

El encuentro de los objetivos a alcanzar como bienes deseados para el logro de la realización personal, resalta la labor necesaria y conveniente de la contemplación y el análisis. En el ejercicio de tal tarea el hombre profundiza en los sentidos, implicaciones y consecuencias del obrar con apego al bien. Para entender la felicidad en el hombre es necesario considerarlo en su naturaleza y en el desarrollo de su actividad propia.

“La actividad racional y pensante es el bien supremo del hombre, también será ella la fuente primaria de sus dichas y en ellas encontrará la felicidad, felicidad que no es más que la forma en que se traduce a nuestra naturaleza la atracción racional del bien. El hombre, por consiguiente, será feliz cuando ejerza esta función del alma del modo más adecuado y mejor posible.

“La virtud contemplativa somete las acciones todas del hombre a la norma del espíritu y hace que la vida sea perfecta, completa, acabada, coextensiva con la duración de nuestro ser, ya que la continuidad es un distintivo necesario de la felicidad. El placer de un día no produce felicidad. La virtud habrá de dimanar de nuestra actividad. La virtud de un hombre será aquello que lo sitúa en la plenitud de su desarrollo y de su eficiencia humana, lo que hace que él sea bueno en cuanto hombre y que su obra sea buena gracias al influjo del pensamiento. Podemos hablar por tanto, de las virtudes del carácter y de las virtudes del pensamiento.

“Para que se formen en nosotros las virtudes morales es necesario un principio distinto de la naturaleza misma. Principio que debe poseer una plasticidad de que ella carece. La naturaleza nos da una aptitud para recibirlas, y esta potencialidad o receptividad se actualiza en nosotros por medio de la costumbre y el hábito, es decir, la serie de actos semejantes y repetidos.

“Ante la interrogante de si la virtud ética o práctica es una pasión, una potencia o capacidad, se dice siguiendo el pensamiento de Aristóteles, que de hecho todo lo que tiene lugar en nuestra alma se puede catalogar en una de estas categorías. Las pasiones son los estados emotivos del alma, sus afecciones sentimentales, el deseo, la ira, el amor, el miedo; las potencias son las capacidades gracias a las cuales somos aptos de experimentar estas emociones; los hábitos son las formas constantes o dominantes de conducirse frente a las pasiones, según un exceso, un defecto o un término medio.

“Es evidente que la virtud no es una pasión. Porque la pasión es un estado transitorio que no depende de nosotros, y la virtud es una actitud estable que depende de nuestra voluntad. Porque depende de nuestro querer, alabamos al

hombre virtuoso y recriminamos al vicioso, cosa que no hacemos cuando alguien simplemente siente amor u odio. Tampoco es la virtud una potencia. Porque la potencia o capacidad es algo innato, mientras que la virtud es algo adquirido. Por lo demás, la potencia es algo indiscriminado en algún grado, porque las potencias están orientadas a ambos contrarios, es decir, pueden, siendo las mismas, realizar el bien y el mal, mientras que el único objeto de la virtud es el bien. La virtud moral es una cierta manera de comportarse frente a las pasiones, manera voluntaria y adquirida por esfuerzos libres.

“Lo que realmente distingue y define la acción virtuosa es que consiste en una elección o en una preferencia, que es consecuencia a su vez de una deliberación sobre aquellas cosas cuyas causas se encuentran en la inteligencia y el poder del hombre. El obrar moralmente exige, pues, no sólo hacer alguna vez el bien, sino hacerlo de ordinario, apartando todo lo que no es recto, y hacerlo con una intención ordenada. El hombre virtuoso es, en efecto, norma de la virtud, pero su actuación depende de su elección de lo justo.

“En su forma o esencia se nos manifiesta como una disposición moral de la voluntad, de acuerdo con la cual el ser humano observa el orden y realiza debidamente sus funciones propias y características. La virtud tiende, en el objeto de su actividad, a evitar todo exceso y todo defecto. Una acción es, en efecto, perfecta, cuando alcanza una medida conveniente, un justo medio, sin quedarse en la parte de acá de él ni ir tampoco a la parte de allá.

“La virtud debe ponernos en disposición de hacer lo que es conveniente o necesario cuando sea conveniente y en la medida de lo conveniente. Esta discriminación de las circunstancias de la acción virtuosa nos vienen del entendimiento, de la recta razón —que es objetiva—; el logos es la forma y la ley de la virtud, y él es el que sujeta nuestros instintos y tendencias irracionales a una norma de orden, de tal forma que nos asegure la mayor felicidad posible, o lo que es lo mismo, el despliegue más completo, total y armónico de nuestras energías síquicas y vitales. Y así, el término medio resulta proporcionado a nosotros mismos y a nuestra capacidad de energía. Las acciones que se contienen dentro de una moderación y de un justo medio, en lugar de agotar la fuente de que proceden, aumentan su capacidad.

“La virtud moral es una disposición o actitud permanente para obrar con una elección intencionada o dirigida deliberadamente a un fin, en un término medio relativamente definido a cada uno por la recta razón, tenida en cuenta la determinación que de ello pudiera dar un sabio.

“Toda virtud moral es una manera de comportarse frente a tendencias o apetitos de naturaleza irracional, sean éstos factor común de la naturaleza

humana en general, o sean, por el contrario, factores típicos del individuo en particular; de estas formas de conducta, la voluntad, guiada por la recta razón, excluyó el exceso y lo defectuoso, de forma que, por el equilibrio de la sujeción del alma apetitiva a la racional, realizó la virtud.

“La determinación de la naturaleza de la virtud exige la definición de la recta razón y el establecer de qué manera guía la voluntad. La razón gobierna al hombre. Su papel no es tan sólo proponer o sugerir, su función es naturalmente impositiva. El pensamiento es ordenador. Su fin es determinar lo que hemos y lo que no hemos de hacer.

“La virtud es realmente un arte, el más difícil de todos en su determinación, en su medida, en sus circunstancias todas. El texto del bien es el mismo del que lo practica, el hombre virtuoso, el sabio. Ese hombre dócil a las imposiciones de la armonía, cuyos gozos son proporcionados a los que motiva, cuya razón y cuya sensibilidad son reactivas al bien y al mal. Esta sensibilidad estética para la excelencia y la virtud es desarrollo de la natural semilla de bondad que el ser humano lleva en sí; semilla que germina en nosotros gracias a un esfuerzo tenso y constante de ser, mantenido con una mezcla de atracción y violencia, por la apetencia de lo mejor, por la obediencia a la norma que le dicta la razón. Para entender el bien y enjuiciarlo debidamente en cada circunstancia que extrínsecamente lo cualifique, es necesario conocerlo experimentalmente, amarlo y practicarlo. Todo junto, porque aquí no tenemos como fin el puro conocimiento teórico, sino la acción consiguiente.

“La prudencia y la sabiduría, virtudes de la parte racional cumplen una tarea arquitectónica. La sabiduría consiste primariamente en la intuición inmediata y simple de la verdad de los principios, la norma y esencia de todo saber. La prudencia, en cuanto virtud del orden práctico, es exactamente la capacidad de descubrir y reconocer los medios o condiciones indispensables para llegar a un fin contingente o posible. En cuanto virtud moral, es esa misma capacidad aplicada a la realización de la virtud. De esta manera, la voluntad, orientada por la razón, determina el fin a qué tender; la virtud lo admite y lo establece como tal, y el hombre lo elige deliberadamente como propósito suyo; entonces la prudencia nos indica los medios que hemos de utilizar para su consecución y regula toda nuestra actividad de cara al fin que hemos de alcanzar. La prudencia no es, pues, la sabiduría; respecto de esta desempeña un papel de mayordomía, un descargo de responsabilidad en la ordenación práctica de las acciones.

“Para ser virtuoso es necesario querer y saber. Querer el fin y conocer los medios que llevan a él. Es imposible, mejor, ineficaz una cosa sin la otra.

“Para la persona la virtud más alta es la contemplación. Las virtudes éticas, lo mismo que la prudencia y la acción, no reconocen otro fin que el disponerlos paso a paso para la contemplación, que es sabiduría y felicidad, que sólo existe para sí y que hace del hombre un ser libre, a saber: capaz de bastarse por sí mismo, el que es en sí mismo su fin. El mayor bien del hombre es la sabiduría. El mayor mal la ignorancia. El vicio será siempre ignorancia, saber incompleto, error. La sabiduría es la medida de la virtud. Esto no significa identificación entre conocimiento y virtud. No es suficiente la ciencia para producir la virtud. Nuestra naturaleza condiciona favorable o desfavorablemente su realización. Temperamento y carácter son disposiciones morales del hombre. La felicidad y la virtud se encuentran en nosotros casi sin ser nuestras, de tal forma que al menos sus condiciones fundamentales son innatas en nosotros. Sin embargo, la virtud no es una mera consecuencia de la naturaleza. La virtud nace de un hábito o costumbre, y llega a ser en todo caso una segunda naturaleza. El hábito en la moral ocupa un lugar de principio interno del desarrollo. Su esencia misma está en la repetición. La potencialidad se reitera en diversidad de ocasiones y tareas. La costumbre supone la interiorización paulatina de una forma exterior del sujeto.

“Las cosas naturales son inmutables por carecer de estas potencialidades; pero por existir en el hombre, dice Santo Tomás, éste puede desplegarse a un hábito casi mecánico del bien que, si no es aún la virtud, sí es ya algo así como su materia; bastará luego aplicar la reflexión y la elección, intencionada a estas disposiciones adquiridas.

“El hombre tiene en sus manos el desarrollo de estas virtualidades ocultas en él. El hombre lleva en su interior, en su alma, los elementos de un conflicto iterado entre la razón y el apetito, y junto con ello los gérmenes de un desarrollo que depende, hasta cierto punto, de su libre elección.

“La felicidad es una clase de vida. La felicidad implica valores morales. El valor moral del hombre es autoevidente. La vida del hombre virtuoso se justifica por su elevación y su armonía. El conocimiento del bien es una ayuda o estímulo para la consecución de la felicidad.

“El principio de la felicidad está en la actividad anímica guiada por la virtud. Virtud, contemplación y fruición en debida y articulada conjunción producen la felicidad. La felicidad es nuestra propia perfección.”¹

¹ SAMARANCH, FRANCISCO DE P., *Introducción a los Tratados de Ética*, Aristóteles, Obras, Ed. Aguilar, Madrid, 1964, pp. 1098 a 1103.